

ANT-XIX-1284/8

no
82

RAMON DE CAMPOAMOR

LOS AMORÍOS
DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

Precio, UNA PESETA

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^ª, EDITORES
Tetuan, 24.



LOS AMORÍOS DE JUANA



Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ÁLVAREZ Y C.^ª,
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los
Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier,
Tetuan 24.

18. cent.

R. 71. 775



LOS AMORÍOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^a, EDITORES
Tetuan 24.

LOS AMORIOS
DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

DE

G. BARRAL

Es propiedad de sus Editores.

SENTE 1883

EDICION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

A MI ILUSTRADO AMIGO

El Sr. Conde de Santiago

CANTO PRIMERO



DE REY Á CORONEL



DE REY A CORONEL
CANTO PRIMERO

DE REY Á CORONEL

I

Con un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que Susana,
era un Don Juan Tenorio,
en la region de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y, aunque grandes y abiertos con exceso,
son bellos como el sol, á pesar de eso,
sus ojos con caidas hácia arriba.

II

Vivía con honor de su trabajo,
y, obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,

estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
donde exceptuando el són de aquel acento
que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruido
que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?

III

En esa edad tan bella
en que el amor se cae de maduro,
se empezó á ver en ella
la grave enfermedad del amor puro,
enfermedad tan grave aunque tan pura
que un día de parada

se quedó (y perdonadle su locura)
del Rey enamorada.

Cuando es bien parecido
un Rey, es una imágen de marido
que las niñas fantásticas adoran.
¡La mujer y la alondra se enamoran
de todo lo que brilla y hace ruido!

IV

Fué el caso que, al hacerle algun saludo,
detrás de sus cabellos escondida,
vió que el Rey su mirada distraida
echó hácia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
Pero Juana infirió, segun infiero,
que el Rey le dijo con los ojos «te amo,»
y ella, pensando en responder «te quiero,»
ocultó su rubor oliendo un ramo.
Y luego echa á correr avergonzada,
y cuando vá pensando
si el Rey irá besando
las huellas de sus piés con su mirada,
así como al descuido con cuidado
Juana mira de lado
con tanta gentileza,
que no puso en su huida

más gracia natural ni más belleza
Galatea, volviendo la cabeza
por ver si era en su fuga perseguida.

V

Juana, que se veía
hermosa y con salud, dos veces bella,
llegó á creer que se quedó aquel dia
el Rey de España enamorado de ella.
Y aunque es tan pudorosa
que no abraza á sus sueños ni en el viento,
el dia aquel, por excepcion honrosa,
le dió de pensamiento
un beso.... ó dos.... ó tres.... muy poca cosa;
y, prometiendo al Rey su blanca mano,
con el amor más tierno,
la mitad del verano
y parte del invierno
á su futuro esposo el Soberano
lo adoró como á un Dios sin culto externo.
Y al pensar, la inocente,
que su gracia de un Rey hará un vasallo,
en el Palacio Real cristianamente
aspira á ser sultana sin serrallo.
Y ¡lo que es la ilusion! desde el gran dia

en que el Rey la inflamó con su mirada,
por elegancia fria,
ya muestra aires de Reina fastidiada,
aunque tiene un reinado todavía
más chico que el Rey Chico de Granada.

VI

Mas ¡ay! cuando, creyéndose en su mente
Reina de ambas Castillas,
ya extraña que la gente
no empiece á contemplarla de rodillas,
la luz de una mañana
vino á eclipsar su estrella,
pues supo un dia, al despertarse, Juana
que el Rey se iba á casar, y no con ella.
Y como es un refran tan verdadero
que el mayor desengaño es el primero,
al caer de su trono,
creyó con el candor más hechicero
que del Rey lloraria el abandono,
vistiéndose de luto, el orbe entero.
Y cuando vió apagado
el esplendor de su ideal soñado,
y despues que perdió la confianza
de alcanzar la esperanza

de tener un vasallo coronado,
la consoló aquel día
del triste fin de su pasión dichosa
el mirar que el espejo le decía:
«¡Consuélate, hija mía,
que es más que Reina ya la que es hermosa!»
¡Cuánto celebro, por su bien y el mío,
que su amor no pasase de amorío,
y que su fe, sin experiencia alguna,
ignorase en su noble desvarío
que el ir de la pobreza á la fortuna
es marchar de la dicha hácia el hastío!
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,
¡el destino iracundo
no le hará ver con verdadero espanto
que también en el mundo
hay en los ojos de las Reinas llanto!
¡Y al poner fin á sus amores reales,
no quedará por dicha convencida
de que son las grandezas imperiales
las más grandes miserias de la vida!

VII

Siempre ha sido y será cosa corriente
que, mientras dure el malestar divino,

en alas de la mente
llega el alma hasta el fin de su destino,
siendo un hecho evidente
que si un amor se va muy fácilmente,
el amor venidero está en camino.
Así, paseando un día,
más ligera que un pájaro ligero,
vió Juana á un diplomático extranjero
que, sin ser General, lo parecia;
y, como es de inferir, fiel á su estrella,
al volverse á la paz de su retiro,
un corazón tan tierno como el de ella
le dedicó al dormir la noche aquella,
después de un «¡es buen mozo!» un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
el suspiro que dió su alma doliente,
cuando supo después por accidente
que aquel Embajador con uniforme
era un mónstruo civil, un sér deforme,
que no era ni siquiera subteniente.
Y como en ella obra el discurso tanto
que, aunque la ciencia lo contrario mande,
escribe siempre Amor con A muy grande,
y un busto de Neron lo juzga un santo,
de buena fé asegura
que, el que no es militar, es casi un cura;

y, conforme al saber de muchas gentes,
ignora las razones oficiales
que hay para dar patentes
del uso de uniforme á los mortales
que no son por lo ménos subtenientes.

VIII

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
que en el género humano
puede á ratos, y en término lejano
un paisano ser hombre todavía,
ella piensa que es nada, ó casi nada,
grandeza que no es hija de la espada,
y que, áun siendo brutal como todo hecho,
la fuerza, pese al cielo, es un derecho;
y en honra de las glorias militares
cree, como todas, por instinto, Juana
que el verter sangre humana
no es deshonor cuando se vierte á mares;
por lo cual, resolviendo que el paisano
es más que un hombre un papagayo humano,
lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
recordando más triste que Artemisa,
que ya puede sumar dos desengaños

en quince años que cuenta:
¡quince años, ¡ah! quince años!...
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

IX

Mas, dejando mi edad, tened por cierto
que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,
y, por raro que sea,
el corazon humano
es como el *yo Fictiano*,
que lo que piensa en su interior, lo crea;
y Juana, que en su amor se lisongea
de lograr para esposo al heroismo,
si es necesario en D. Pelayo mismo
realizará su idea....
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
es que alcanza en Platon lo que desea!

X

Sintiendo el inmortal desasosiego
de una sibila en éxtasis y loca
Juana consagra á un militar su fuego
para quitarse luego, luego, luego

el sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,
quiso la mala suerte
que Juana, nuestra Reina destronada,
oyese hablar, si bien muy de pasada,
del coronel Roldan, álias «La Muerte»,
un militar de historia acrisolada,
de quien cuenta la fama pregonera
que al empuñar la espada,
se creía un Titan, aunque no lo era.

XI

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
de tan casta doncella
estuviese vencida y dominada
por la pasion aquella,
¿qué habia entre ella y él? ¿Qué habia? Nada:
la mucha fama de él y un sueño de ella.

XII

Supo Juana tambien que, osado y fuerte,
el coronel «La Muerte»,
como algun dia Condillac, opina

que el tacto es la razon de los humanos,
y que el mundo termina
donde acaba el alcance de las manos.

XIII

Y como es tan comun entre las Juanas
el tentar á los hombres atrevidos,
una de esas mañanas
en que hierva el volcan de los sentidos,
soñó con el candor más halagüeño
que dormia muy cerca de su ensueño;
y en el supremo instante
en que soñaba más.... ¡Jesús, qué loca!
supuso que aquel hombre delirante,
como Pablo á Francisca la de el Dante,
la escondia los besos en la boca....
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído
en la historia de un santo arrepentido,
al ver su corazon pundonoroso
que tocan en lo real sus ilusiones,
perdiendo para siempre su reposo,
á aquel amante, que alardeó de esposo,
le echó más maldiciones
que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho

de dormir, sin querer, con sus visiones,
al fin de su explosion de sensaciones,
como flor arrancada de un barbecho,
creyó sacar, cuando saltó del lecho,
su ropa de inocencia hecha girones.

XVI

¡No temas, soñadora empedernida,
por tu pudor, que la final caida
de tu virtud retarda;
á pesar de tus faltas de dormida,
todavía tus pasos en la vida
ve sin rubor el Angel de la Guarda!
Y en tanto que á tu amante devaneo
falte el imán del material deseo,
en tu mundo de amor imaginario
siempre serán tu casto mobiliario
las cosas de los séres ideales,
oro, diamantes, perlas y corales,
luz, susurros, perfumes y colores,
risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO

DE CAPITAN Á SOLDADO

DE CAPITAN Á SOLDADO

I

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
cuando en el campo, respirando amores,
los pájaros gorjean
y se hinchan los estambres que rodean
los fecundos pistilos de las flores?
Ella, despues que olvida
la imagen que ama ciega,
á otra imagen fingida
con alma, vida y corazon se entrega.
¿Quién no ha visto mil veces repetida
esa crisis suprema de la vida
de un amor que se va y otro que llega?

II

Juana, esta vez, por su fatal destino,
yendo á una feria un dia

se encontró en el camino
á un capitan buen mozo, que tenía
la ordinaria manía de ser fino.
Y una mujer que, por favor del hado,
no conoce el pecado ni de oidas,
conoció al capitan «Perdonavidas,»
que, á más de ser la imágen del pecado,
por falta de ocasion, sólo ha probado
que es muy bravo en vencer á sus queridas.
Este hombre, tan pagado de sí mismo
que con frente altanera
se suele despedir como un cualquiera,
y él cree que dice «¡adios!» con heroísmo,
en la feria llevaba
un traje de montar, que suponía
un enorme caudal que le faltaba,
y un caballo andaluz que no tenía.

III

Mas ¿cómo pudo soportar sin ira
á un hombre que en amor sólo suspira
por todo lo sensual de vuelo bajo,
Juana, que, altiva hasta á los grandes mira,
desde que fué algo Reina, de alto á bajo?
Porque en cosas de amores,

por afición sin duda á los laureles,
suele gustar á las que crían flores
el penetrante olor de los cuarteles.

IV

Pero como era en Juana
la castidad más fiera que en Diana,
cuando á aquel capitan, de su alma dueño,
lo vió casado, se acabó su sueño.
Y aunque Juana al principio se acongoja,
porque á su amor sincero
le prueba que es un mónstruo verdadero
una rubia, muy rubia, casi roja,
que le sirvió de negro un año entero,
ella, ya indiferente,
hoy le ve acompañar galantemente
á una mujer muy fea y á otra hermosa;
y como es natural y muy frecuente,
la hermosa es su mujer, la otra su esposa.

V

Mas no lloreis, lectores,
por un alma excelente

á quien constantemente
la consuela el amor de sus amores,
pues tengo la certeza
de que le hará soñar otra grandeza
esa malaventura que la trajo
á amar á un capitan mala cabeza.
¡La gran naturaleza
va siguiendo en secreto su trabajo,
y despues que nos mueve, ella nos guia
al fin de nuestro fin por el atajo
con la fuerza brutal de su inocencia!...
¡Oh madre universal de la existencia:
tu ley es la inmortal sabiduría!

VI

Diré, por fin, para abreviar mi cuento,
que bajando de un golpe muchos grados
en la escala social de la grandeza,
Juana quiso á un sargento
de los más afamados,
que cuando grita «¡firmes!» con firmeza,
clava un metro en el suelo á los soldados.
Es raro en un candor tan verdadero
que amase una semana
al sargento «Metralla,» un gran guerrero,

que era primo tercero
de una prima trigésima de Juana;
y un hombre tan ardiente y tan bizarro,
de quien su primo, que la amó, decia
que, al mirarla, parece que queria
encender en sus ojos el cigarro.
¿Decís que amar á este hombre es gran locura?
Lo será con certeza;
pero el mal del amor no tiene cura
cuando es por desventura
más grande el corazon que la cabeza;
y cuando un cuerpo lleva
un alma como un horno acalorada,
cualquier cosa, una voz, una mirada,
es la serpiente tentadora de Eva.
Así es que fué querido
por la prima de Juana el tal sargento,
porque un dia, atrevido,
vistió de falda corta un pensamiento,
se fué hácia ella, se acercó á su oido,
y en frases más fosfóricas que bellas,
aunque sólo de nombre,
le regaló la luna y las estrellas.
¡No engaña á las mujeres ningun hombre:
por regla general se engañan ellas!

VII

El sargento Metralla
que llamaba á la tropa
la «gente de mi ropa,»
y á las gentes civiles «la canalla,»
era un maton de audacia tan fingida,
que siempre en el fragor de la batalla
procuró, más que herir, no ser herido;
y buscando socorro,
mientras gritaba «¡á ellos!» en la huida,
como el gran Napoleon, pasó su vida
haciéndose el leon, siendo un gran zorro.
Pero ella, que, en la edad de la hermosura,
aspirando á un amor que nunca alcanza,
metida en una nube de esperanza,
cuanto hace y dice es poesía pura,
exaltado su amor probablemente
por los informes de su prima, Juana
sólo pudo querer á aquel valiente
de prisa y de memoria una semana,
porque el pobre sargento,
con esta precision con que lo cuento,
de pendiente en pendiente,

ganó rápidamente
los cuatro grados que á la letra copio:
ascendió á subteniente,
subió desde el Jerez al aguardiente,
de éste al alcohol y del alcohol al opio.
Mas si helaron al pronto estos horrores
en Juana los amantes sentimientos,
vendrán otros momentos,
y vendrán, como siempre, otros ardores;
que en palacio, en la choza, en los conventos,
al llegar la estacion de los amores,
sólo se hallan amantes pensamientos,
cantos de aves, perfumes de las flores!

VIII

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento
ignoro si ha vivido ó no ha vivido;
más sé que fué querido, y muy querido,
por Juana, que le amó de pensamiento.
Y ¿quién duda un momento
que lo que fué en un corazon, ha sido?
¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,
que á veces duda el mundo
si César y Colon han existido:

los verdaderos hombres que han nacido
son Fausto, Don Quijote y Segismundo!

IX

Como se ven las cosas más extrañas
en aquella cabeza,
más movible que un viento entre montañas,
Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,
sin perder la pureza,
tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.
Me vais á preguntar que ¿cómo es eso?
Pues eso es que, fundidas al exceso
del calor de sus sueños juveniles,
de las frias muñecas infantiles
se convierte el carton en carne y hueso.
¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mio,
sin que de horror se abra á mis piés el suelo,
que Juana, entre amorío y amorío,
tuvo hijos sólo por favor del cielo?
Hijos de ella ¿y de quién? De las estrellas,
que, inspirando ternuras visionarias,
hacen ser á castísimas doncellas
madres imaginarias
de hijos hermosos de ninguno y de ellas;
por lo cual, la que más y la que ménos,

al condensar el fuego que la abrasa,
en sus delirios, de ternura llenos,
tiene hijos sanos, rubios y morenos,
de los novios de luz con quien se casa;
y por eso, la niña de este cuento
aunque viüda ya de pensamiento,
si vírgen por el cuerpo todavía,
en ese corto plazo
que precede al crepúsculo del día,
soñando, convertía
en un nido de soles su regazo;
y como el alma encierra
el gérmen de los bienes y los males,
es feliz con sus hijos ideales
la madre ménos madre de la tierra:
y en su amor sin amante,
dejándole volar á su deseo,
soñando, se llevaba de paseo
dos niños de la mano y dos delante;
y ¡cosas de la vida! como estaban
formadas del vapor de los ambientes,
los hijos de su amor se evaporaban
cuando, al venir la aurora, se llevaban
los céfiros los sueños de las frentes!

X

¡Dios del amor! ¿Preguntas en qué autores
he aprendido á pintar tantos amores
y escenas de pasion tan misteriosas?
Dios del amor, Dios del amor, ¿qué quieres?
¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,
y entre ellas, lo que piensan las mujeres!

XI

Ya hemos visto que es Juana tan vehemente
y en amar tan voraz, aunque inocente,
que, arrastrando tenaz sus desengaños
moralmente, y tan solo moralmente,
gastó varios esposos en dos años;
y en su ilusion, cual si estuviese cierta
de cumplir de su madre el pensamiento,
imitando á la Infanta de aquel cuento,
que á la suya oyó hablar despues de muerta,
se fué á buscar su mente
al vecino de enfrente
que, siendo carpintero, hizo la caja
y se prestó á poner piadosamente



á su madre difunda la mortaja.
Mas como obra á traicion lo inesperado,
quiso el destino fiero
que fuese el carpintero,
miéntas ella era Reina, á ser soldado.
Y si bien, desdeñosa,
cuando era hombre civil no le quería
ya un poco ménos fria,
al ver que es militar, piensa otra cosa;
y de este modo, Juana,
que tenía á aquel jóven olvidado,
al verle ya soldado,
lo halló en su corazon una mañana;
y aunque sólo es soldado el buen vecino,
ella, en su sed de amor inextinguible,
sabe bien que el destino
suele hacer de un soldado un Rey posible.
Y ¿quién duda que en caso semejante,
cuando era Juana de Arco una pastora,
elevaba en su amor, como ella ahora,
algun pastor á Príncipe reinante?
Jura, pues, por el sol y por la luna,
y por todo lo humano y lo divino,
que al volver de la guerra aquel vecino
se casará con él sin duda alguna;
y, aunque ignora su nombre todavía,

conserva Juana de él una memoria
tan tierna como el día
del santo de su madre, que está en gloria.

XII

No hablando ni pensando en otra cosa
más que en ser pronto esposa
de un militar que es bueno y de su clase,
para estar muy hermosa,
discute algo dudosa
si su traje nupcial, cuando se case,
ha de ser blanco ó de color de rosa;
y esperando al ausente,
sólo tiene en su amor por confidente
á aquel que ve nacer los pensamientos,
y vaga por el campo alegremente
oyendo en el ambiente
la música sin letra de los vientos.

XIII

Pero ¡ay! un día, de dolor transida,
aquella Ofelia cuerda y mal vestida
con traje de percal descolorido;

supo que el prometido
dió con gloria la vida,
y que, al fin de una lucha fratricida,
su gloria y él se los tragó el olvido,
siendo así de aquel hombre,
la fama, el ruido, la virtud y el nombre,
la extincion tan completa
cual lo serán las dichas y los duelos
de este inútil planeta
el dia en que, al pasar algun cometa,
lo arroje á los abismos de los cielos!

XIV

Y como es Juana, al fin, de esas mujeres
que tienen el consuelo
de suponer que hay séres
que las miran y llaman desde el cielo,
cuando ya lentamente
su endeblez se iba haciendo transparente,
siguió al héroe olvidado,
que á la sombra murió de su bandera,
y ella, de esta manera,
despues que tuvo á un Rey esclavizado,
vino á acabar su militar carrera
muriéndose de amor por un soldado.

XV

Miéntras Juana ha existido,
sólo vió en los objetos sus ficciones,
y al fin, para acabar como ha vivido,
en una compendió sus ilusiones:
y soñando, al morir, que se moría,
vió, en su sueño, formado
un numeroso ejército mandado
por aquel Rey que la miró aquel día;
y, miéntras duda con dolor la tierra
si es Juana un General muerto en campaña,
la despide del mundo el Rey de España
con todos los honores de la guerra.
¡Marcha real! En sus honras funerales
le presentan las armas los soldados,
y tienen con dolor los oficiales
en el cielo los ojos abismados;
¡y en tanto que hace de pasión extremos
un cierto coronel que ya sabemos,
y un capitán, con el mayor cariño,
le promete, mirándola, ser bueno,
alivia el pecho de suspiros lleno
un sargento que llora como un niño!
¡Marcha real, marcha real! ¡Aunque encantados

queriendo sus sentidos apagados
dar fin á su calvario de venturas,
con ojos por las penas agrandados
mira Juana, espirando, á las alturas,
donde han de ser los tristes consolados;
y, vírgen coronada de jazmines,
miéntras haciendo el duelo,
ensordecen el suelo
tambores destemplados y clarines,
oye tambien por la region del cielo
los coros de los santos serafines!
¡Y cuando su alma honrada,
que no pensó sin éxtasis en nada,
dió un adios á sus sueños terrenales,
su frente levantó, sólo tocada
por la luz y los besos maternos;
y volviendo tranquila la cabeza
á la vaga region de lo invisible,
murió con la firmeza
de un mártir de la fé de lo imposible!
¡Y, feliz con el duelo
que la tierra le hacía,
logrando el fin de su constante anhelo,
fué á gozar de la gloria, en que creia,
aquella alma tan grande, que tenía
por base el mundo y por corona el cielo!

2.500
1500

- AST
- AN
- SEU
- LEI
- SXIX
- +7

OBRAS DE D. RAMON DE CAMPOAMOR

NUEVOS POEMAS Y DOLORAS. Un tomo en 8.º	16
DOLORAS Y CANTARES, 15.ª edicion <i>aumentada con muchas doloras nuevas</i> . Un tomo en 8.º de 576 págs. con el retrato y el autógrafo del autor	28
LOS BUENOS Y LOS SABIOS, 2.ª edicion, poema en cinco cantos. Un tomo en 8.º	8
EL AMOR Y EL RIO PIEDRA, poema ilustrado	10
